

TRIUNFO DIVINO

Premio «Cervantes» 1956

Por FERNANDO ALLUÉ Y MORER

De la Sociedad «ESTILO»

I

Cuando el maestro Arfe, venido de tierra leonesa, lejana ya su natal Alemania, llega a Toledo y ajusta con el Cabildo la labra de una custodia, está terminado el gran retablo de la Primada. El Cardenal Cisneros, después de luengos años, ha conseguido, en 1504, verlo concluido; así lo testimonia una inscripción sobre la franja que remata la parte inferior de la obra. En ésta han tomado parte las manos más insignes: arquitectos como Egas y Gumiel; entalladores como Felipe Vigarní y Diego Copín; pintores, encarnadores, estofadores que llevan los nombres de Francisco de Amberes, de Juan de Borgoña... Los artifices más claros de la Cristiandad, se han fundido en un solo espíritu para conseguir esta maravilla gótica de Toledo que es el retablo. Es cierto que ya de Italia, por entonces, llegaban vientos nuevos y que, incluso en la misma España, virginales líneas clásicas comenzaban a perfilarse, aunque envueltas en delicados ornamentos. Pero, de lo gótico, tiembla todavía una brasa viva, fuego inextinto, levantándose en altivas, postreras llamaradas. Así, este retablo de ahora: «Nuevo retablo, de maravillosa imaginaria, que llega hasta la cumbre del templo», escribe Pisa; incendio, decimos nosotros, que ilumina los altos ámbitos de la iglesia con lenguas amarillas, musical sinfonía vibrando en fulgurante crescendo.

¿Y la custodia de madera que centra esta inmensa rueda fascinante? Por cima de una imagen de la Virgen, hacia la escena de la Natividad, elevan su vuelo las agudas flechas de una torre áurea: Calados templetos se entrelazan y funden en tensión aguda y vertical, donde lo ojival toca ya las últimas inverosímiles delicias.

II

Hacia 1515, el platero sajón —ya lo hemos dicho— llega a Toledo. ¿Qué sensaciones experimenta este hombre, de manos rudas pero exquisitas, ante el retablo? ¿Qué ideas cruzan su frente al contemplar esa aérea custodia catedralicia? Obsérvala bien el orfebre. Es una custodia inmóvil, ornamental; bellísima, sí, pero parálitica. En realidad no es propiamente custodia; y, si se pudiera extraer íntegra de su ensamblado contorno, la fragilidad del alerce —dócil al pensamiento y a las gubias— ocasionaría su rápido derrumbe. Además, el culto externo —el de la calle y el porche— y las riquezas del Cabildo más insigne de las Españas, exigen otra cosa. Para eso ha sido llamado.

No. El hará una distinta custodia; un objeto de culto viviente y procesional, a la vez ornamento y relicario. Oro y plata son siempre sus materiales, no la liviana madera; además posee otro del que no escasea nunca: Paciencia. Manos a la obra. Día tras día, año tras año, golpean tenazmente, implacablemente, pero con inimaginable destreza, sus cinceles sobre el metal. Arden los hornos en el secreto de las altas galerías catedralicias. Cantan buriles y martillos. El silencio claustral va poblándose poco a poco de seres maravillosos, y la luz cenital de las bóvedas parece pararse abismada sobre los brillos

argentinos. Van surgiendo a millares, lentamente, aisladamente —año tras año—, columnitas, botareles, arquillos, estatuillas, relieves... Todo un múltiple y fabuloso universo diminuto.

Más un buen día hay que reunirlo todo, ensamblando los millares de piecitas con nueva paciencia y nuevos cuidados. Váse haciendo el trabajo, encajando los fragmentos uno a uno, a fuerza de tornillos y remaches. Se mira alzarse, poco a poco, la rutilante pirámide: Una peana abajo, y sobre ella un plinto; en los zócalos, numerosos pedestales con pilares, figuras y doseletes; arcos después y bovedillas; otro piso más, otro más aún... Y ahora, aristas llenas de campanillas y filigranas. Nuevos arbotantes, y, entre piedras preciosas, un Jesucristo resucitado. Crece, crece la pirámide; asciende, agudizándose en finas flechas, ante los ojos atónitos de los primeros contempladores. En la cima, una Cruz.

Pero, esta maravilla, ¿está hecha por manos humanas o acaso por impalpables ángeles desde el silencio de una nube? Y un jueves... Las calles de Toledo (repostereros en los barandales, espliego y tomillo sobre los guijarros) se arrodillan ante las verdades unidas de la Religión y del Arte. A la pompa de las dalmáticas, al oro de las casullas, a la púrpura cardenalia, se ha unido una nueva emoción, y las gentes —estupefactas— ven cómo el sol se rompe al descender sobre prodigiosas aristas. Y un poeta, Lope de Vega, más tarde recordará este «Triunfo»:

Fama, del mundo eterno peregrino,
advierte, canta, escribe, que este día
triumfa, en arcos de gloria, el Pan divino.

III

Frente a la portada plateresca de Covarrubias, abierta la reja, se procede a extraer hacia las naves la colosal alhaja. Ha sido preciso desmontarla de su enorme basamento barroco de ángeles, para que pueda pasar sin rozar apenas el dintel; y es en este momento —víspera del gozo— cuando podemos contemplar muy de cerca, en lo que autoriza la cernida luz matinal de los vitrales, la joya maravillosa. Qué placer inmenso este tacto de la mirada en cada imprevisible detalle: infinitas figurillas sobre repisas y doseletes, columnas, campanitas, bovedillas y —delicada emoción— minúsculas palomas exornando el riquísimo viril, ¡y todo además sembrado de multitud de piedras preciosas!

Tanto exquisito detalle, sorprende; y en ello pudiera concretarse, en verdad, el sello de lo «plateresco», ya que la obra de la custodia es, en su amplio perfil lineal, perfectamente gótica. Porque gótica es todavía la mano del maestro que la labra entre los años 1517 a 1524, obediente a canon un poco arcaizante, en hora ya auroralmente renacentista.

Pero ha llegado el día del Corpus toledano; un Corpus con sol y cielo azul en Toledo es —redondamente— una extrema felicidad. La custodia marcha por las callejas de la vieja urbe bajo los toldos que suavizan la luz y dan un encanto genuino al desfile. Va la custodia derramando sus oros y sus brillos, su reverberante sugestión, entre las